

X.

Aquel jardín poco antes tan risueño
Que formara la cuna de los seres;
Aquel cuadro de vida de un sueño
Vino al mundo entre angélicos placeres;
De su pecado con el duro ceño,
Mostraba los horribles padeceres,
Del que llora infeliz un bien perdido,
Cuyo precio muy tarde ha conocido.

XI.

Mas la clemencia del Señor no tarda,
Grande, cual grande fuera su justicia:
“Aguarda, dice al hombre, aguarda, aguarda
“Tu hora de salvación, hora propicia.
“Una mujer purísima y gallarda,
“Cual los lirios que el céfiro acaricia,
“Hollando la cerviz de la serpiente,
“Rescatará al culpable delincuente.”

CANTO I.

LA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

IX.

Cuando Adán y Eva en el paraíso un día
El precepto del árbol quebrantaron,
Viendo la magnitud de su osadía,
Se cubrieron confusos y lloraron.
Suspendieron las aves su armonía,
Y los lirios su cáliz inclinaron,
Gimieron los arroyos y las fuentes
Ocultando sus ondas transparentes.

XII.

Al escuchar promesa tan divina
Tiembla Luzbel en el abismo inmundo,
Alegre el ave en el follaje trina
Y se estremece de placer el mundo,
Allá del cielo, tras la azul cortina
Canta el querube con amor profundo,
Ensalzando de Dios la omnipotencia,
La bondad, la justicia y la clemencia.

XIII.

¿Quién es esa mujer tan poderosa?
Quién es esa doncella esclarecida
Que hollará con su planta vigorosa
De Satán la cabeza envilecida;
¿Quién es esa criatura prodigiosa,
Por el Dios de los cielos escogida,
Más fuerte que Judit, y cuyas huellas
Grabarán en las nubes las estrellas?

XIV.

Es María, la esposa sin mancilla:
La inmaculada Madre del Eterno,
La Hija de Dios purísima y sencilla.
Escogida por Él desde Ab-Eterno.
Es del cielo asombrosa maravilla,
Gozo del orbe, espanto del infierno;
Segurísimo puerto para el hombre,
Será su dulce y melodioso nombre.

XV.

Jehová medita la graciosa hechura
Del portento más grande de sus manos;
Y hace venir al mundo una criatura
Que realice del cielo los arcanos.
Complacido se arroba en la hermosura
De la que ha de salvar á los humanos,
Y que une á la humildad más eminente
La grandeza de un Dios Omnipotente.

XVI.

Gallarda y rubia cual la blanca espiga,
Bella como las rosas de Bengala,
Un tesoro de amor en su alma abriga,
Cuyo perfume ni el clavel iguala:
¡Qué pedirá al Señor que no consiga,
La que es del cielo misteriosa escala,
La que traerá la oliva de la gracia
Para salvar al mundo en su desgracia?

XVII.

Allá en su Concepción sublime y santa,
La Trinidad, divina por esencia,
Al par que dá á su cuerpogracia tanta,
Se complace en dotar su inteligencia,
Besa la luna su graciosa planta,
Coronan las estrellas su inocencia,
Forman su pedestal las blancas nubes
Y adornan su grandeza los querubes.

XVIII.

En vano de Satán la saña fiera
Intentara manchar su casta frente,
Que nunca esclava del pecado fuera
La agraciada del Dios Omnipotente:
Su rabia oculta la feroz pantera
Porque humillada á su pesar se siente,
Ante el poder coloso de una niña,
Tierna como el rosal de la campiña.

XIX.

“Vé, la dice el Señor, baja á la tierra,
“Tú de mi corazón hija mimada;
“Lo más grande y precioso que ella encierra,
“Polvo y nada será junto á mi amada:
“Vencerás á Satán en cruda guerra,
“Porque tu nombre cual terrible espada
“Herirá sin cesar la frente impura
“Del que á su Dios se rebeló en la altura.

XX.

“Vé, mi amiga preciosa, hija de mi alma,
“Azucena escogida entre mil flores,
“Para turbar tu venturosa calma
“Te aguardan en el suelo mil dolores;
“Mas tú resistirás, como la palma,
“Los empujes del viento bramadores;
“Llorarás sola tu terrible suerte,
“Y llamada serás la mujer fuerte.”

XXI.

“Vé, la hija humilde de Joaquín y Ana,
“A Nazareth, tu patria prometida,
“Y cuya luz envidiará mañana,
“La luz de tus pupilas desprendida.
“Vé del orbe la ilustre Soberana,
“Lleva á tus hijos la salud y vida,
“Sal del arca paloma arrulladora,
“Mensajera de Dios, brillante aurora.”

XXII.

“Con perlas y zafiros, y topacios,
“Se escribirá tu nombre acá en el cielo,
“Con ráfagas de luz en los espacios,
“Con rosas y perfumes en el suelo;
“Te quemarán incienso en los palacios
“Y en las cabañas con humilde anhelo
“Te ofrecerán coronas á millares,
“Y conchas para tí tendrán los mares.»

XXIII.

Calló Jehová y en armonioso coro,
Angeles á millares descendieron,
Y con sus alas relucientes de oro,
La humilde casa de Joaquín cubrieron.
Para ser padre de tan gran tesoro
Ana y Joaquín los escogidos fueron:
Descendientes los dos de ilustres reyes,
Esclavos de su Dios y de sus leyes.”

CANTO II.

NACIMIENTO DE MARÍA.

XXIV.

En el confín remoto de la tierra
Cual frágil planta el hombre se encontraba,
De sus pasiones en eterna guerra
Su Edén perdido con dolor lloraba.
La ronca voz de la conciencia aterra,
Y terrible y severa le acusaba
De haber perdido su gloriosa herencia
Por querer ser cual la Divina Esencia.

XXV.

Más de cuarenta siglos trascurrieron
Desde el drama fatal del paraíso,
En el que nuestros padres delinquieron
Y una promesa su Criador les hizo:
Por ambición y orgullo se perdieron,
Y Dios con humildad salvarlos quiso,
Uniendo á la justicia la clemencia
Al castigar su triste inobediencia.

XXVI.

Herodes, hijo de Antipatro llega
A dominar á la nación judía,
Que cual bandada de aves se replega
Bajo el mismo dogal que le oprimía.
Poder tirano que la sangre riega
Y anunció de Jacob la profecía,
Y que era la señal más evidente
De hallarse cerca el Dios Omnipotente.

XXVII.

Predicho estaba que el Cordero puro
Del tronco de David descendería;
Y que el hijo de Dios, pobre y oscuro,
En una humilde gruta nacería.
El tiempo estaba cerca: el suelo impuro,
El signo de la cruz pronto vería,
Sobre muros, almenas y torreones,
Dominar pueblos, reinos y naciones.

XXVIII.

De Nazareth, en el precioso suelo,
Ana y Joaquín, sin esplendor alguno,
Cual dos encinas que respeta el hielo
Y el leñador no tala inoportuno,
Pasaban la existencia, bajo un cielo
Serenos y dulces como no hay ninguno,
Devorando en silencio la amargura
Que turbara sus horas de ventura.

XXIX.

Ana era estéril y en afán prolijo,
Vertiendo siempre inconsolable llanto,
A Dios pedía en su vejez un hijo,
Que templara su amargo desencanto:
El pensamiento de su oprobio fijo
Allá en su corazón, mortal quebranto
De tristeza y dolor alzaba en su alma,
Y no encontraba en sus hogares calma.

XXX.

Eran ancianos ya cuando una tarde,
De los sueños fantásticos á la hora,
Hora en que tibio el sol apenas arde,
Y en blanca lumbre las montañas dora:
Un ángel bello con celeste alarde
Llega al anciano que el Señor adora
Bajo las altas bóvedas del Templo,
Dando á los hombres de piedad ejemplo.

XXXI.

“Joaquín, le dice, el cielo te depara
“Placer hermoso, para tí sin nombre,
“Tendrás una hija de hermosura rara
“Y que de casta llevará el renombre.
“El timbre de su voz sonora y clara
“Hará que el orbe estático se asombre:
“Será de tu vejez dulce alegría
“Y le darás el nombre de María.”

XXXII.

Era á principios del famoso año,
Año civil del código judio,
Se quemaba la sangre del rebaño,
Soplaba el viento del Otoño frío;
Delgadas nubes con rumor extraño
Anunciaban la caída del Estío,
Y cual poblado que la niebla encubre,
Dejaba ver sus galas el Octubre.

XXXIII.

Quando la Virgen ya predestinada
Para lavar la mancha del pecado,
Nació sin hallar cuna recamada,
Sin tener régio pabellon dorado:
Ella no fué cual reina saludada,
Ni púrpura costosa ni brocado
Adornaron el cuerpo de la niña.
Pura como el rosal de la campiña.

XXXIV.

Embelesados vieron Joaquín y Ana
Aquel precioso y virginal capullo,
Que encina secular diera mañana
Al hombre abrigo y al torcaz arrullo
El cielo, de su ilnstre Soberana
Vió el nacimiento con placer y orgullo;
El pueblo de Israel sólo vió en ella
Una niña gentil cual otras bella.

XXXV.

Pasados habian veinticuatro soles
Desde su glorioso nacimiento,
Se cruzaban las nubes tornasoles
En la cortina azul del firmamento,
Se alzaban en botón los girasoles
Impregnando los campos con su aliento,
Cuando Ana, de tal dón agradecida,
A Dios de su hija consagró la vida.

CANTO III.

LA PRESENTACIÓN.

XXXVI.

Sus primitivos años infantiles,
A inocentes placeres entregada,
Pasó María entre caricias miles,
De su padre en la casa venerada.
Pero al cumplir tres plácidos abriles
Viendo temprano su razón formada,
Con tristeza sus padres recordaron
Que muy pequeña á Dios la consagraron,

XXXVII:

Las encrespadas ondas de los rios
Se arrastraban mugiendo por el suelo,
Y al imperioso influjo de los frios
Las montañas llenábanse de hielo:
En las lomas, cañadas y bajíos
Tendía Otoño su risueño velo;
Cuando llevando á su Hija una mañana
A Nazareth dejaron Joaquín y Ana.

XXXVIII.

Bajando las pendientes del Carmelo,
Llegaron á la fértil Palestina,
De allí á la Syria de fecundo suelo,
De altos madroños, de gigante encina,
Vieron los campos de sereno cielo,
Al pié de una verdísima colina,
Do evitando reyertas y contiendas
Alzó la tribu de Issachar sus tiendas.

XXXIX.

Poco después se presentó á sus ojos
La austera capital de Judea,
Del sol radiante á los fulgores rojos
Como una masa que á la luz blanquea,
En alfombras de rosas y de hinojos
La frente pura de Salem ondea,
Bella como vestal de antigua Roma,
Envuelta en nubes de costoso aroma.

XL.

Al fin los caminantes penetraron
En una casa de exterior modesto;
Siete días allí se prepararon
La ley cumpliendo del Antiguo Texto,
Resignados después se encaminaron
Al bello templo, de perfumes tiesto,
A ofrecer la paloma sin mancilla,
De virtudes y gracias maravilla.

XLI.

Era aquel templo orgullo del Oriente,
Rica perla que todo lo reasume;
Allí se hallaba el oro reluciente
De Ofir llamado, de Sabá el perfume.
Y del Líbano el cedro floreciente,
Y el cobre que en la Tiro se consume,
Blanco mármol, topacios y diamantes,
Záfiro, margaritas y brillantes.

XLII.

Ya declinaba en el ocaso el día,
En filigrana se pintaba el cielo,
Cuando del Templo en la mansión sombría
La paloma de amor tendió su vuelo.
Dejó á su corazón, dejó á María,
A la hija pura de su amante anhelo;
Y tornó sola á sus hogares Ana,
Cual otro tiempo la mujer de Elcana.

CANTO IV.

MARÍA EN EL TEMPLO.

XLIII.

La educación más fina y esmerada
Que á las mujeres dárseles podía,
Alla en aquella época pasada,
Allí en el Templo recibió María.
Al despuntar el alba sonrosada,
Con su manto de luz y pedrería,
Se levantaba por huir del sueño,
Y saludar al que de todo es dueño.

XLIV.

Era su vida recogida y pura,
Cual la violeta tímida que crece
De su follaje oculta en la espesura
Porque el beso del aura la estremece;
Era tan imponente su hermosura
Como la de la palma que se mece:
Mudos quedaban los mundanos ojos
Ante la rosa de sus labios rojos.

XLV.

Sencilla y casta en sus adornos Ella
Jamás llevó ni brazaletes de oro:
Seguían siempre su divina huella
La humildad, la pureza y el decoro;
Sobre su frente alabastrina y bella
Derramaba la ciencia su tesoro;
Su trabajo era diario y continuado,
Siendo el mejor de todos su bordado.

XLVI.

Ejercitando la virtud de su alma
De amor divino y tierno se nutría
Sin que turbera su inocente calma
De las ciudades la ruidosa orgía:
Nunca su pecho borrascoso alarma
Con tiránicas redes envolvía:
Del pobre amante le buscaba ansiosa
Como busca la luz la mariposa.

XLVII.

Así nueve años resbaló su vida,
Dentro de aquella espléndida morada,
Como barca en las ondas adormida,
Por las brisas del mar acariciada;
Mas en su frente estaba suspendida,
Pronta á turbar su calma inalterada,
La nube del dolor, dolor primero,
Que hirió su pecho cual terrible acero.

XLVIII.

Cayó Joaquín enfermo y con empeño
Quiso que su hija á sus hogares fuera,
Para antes de dormir eterno sueño
Darle su tierna bendición postrera.
Su triste rostro se tornó en risueño
Al tocar de Miriam la cabellera,
Porque Dios le hizo ver en su agonía
Que el Redentor, de su hija nacería.

XLIX.

Murió el anciano: derramó su llanto,
Llanto vertido con dolor profundo:
Poco tiempo después mortal quebranto
A la pobre Ana arrebató del mundo;
Vió su orfandad entonces con espanto,
Mas no el destino lamentó iracundo,
Alabó del Señor la mano pura
Y le ofreció con voto su hermosura.

L.

Voto primero, cuya voz aterra
Las cóncavas regiones del abismo,
Que conmovida recogió la tierra
Y que llenó de asombro al cielo mismo.
El blanco lirio que sus hojas cierra,
Con dulce y religioso misticismo,
Al despuntar el sol, tierno consume
Del casto voto el celestial perfume.

CANTO V.

MATRIMONIO DE MARÍA.

LI.

Al cumplir los quince años de su vida
Desposarla pensaron sus tutores,
Desoyendo su súplica sentida
De en el templo morir de sus mayores.
Con voluntad suprema y decidida
Resolvieron su enlace sin temores,
Pues según las antiguas profecías
La venida esperaban del Mesías.

LII.

Para este fin buscaron con esmero -
Un varón digno de su real belleza,
Y en José se fijaron, el primero
En santidad, modales y pureza.
Era este hombre un anciano carpintero
A la Vigen igual por su nobleza;
Empero el sacerdote desconfiado
Quiso que Dios mostrase al señalado.

LIII.

Jóvenes mil sus varas depusieron
En el sagrado templo, y otro día,
Cuando las varas á tomar volvieron,
La vara de José flores tenía,
Los sacerdotes con delicia vieron
La señal cierta con que Dios quería
Manifestar su aprobación suprema
De unas flores esplendente emblema.

LIV.

De gozo llenos á la Virgen luego
La elección anunciaron del esposo.
Pero aquella alma pura más que el fuego
Ni así perdió su celestial reposo:
Contestó con dulzura y con sosiego,
Llavada de su instinto cariñoso,
Manifestando voluntad sumisa
En su voz, su mirar y su sonrisa.

LV.

¡Quién no admira en ese ángel la pureza
Que allí educado con tan fino esmero,
Su juventud, su gracia y su belleza
Consagrarse á un humilde carpintero?
¡Ay! en efecto, en vez de la pobreza
Que acibaró su corazón sincero,
Pudo ceñir espléndidas guirnaldas,
Diademas de amatistas y esmeraldas.

LVI.

Poco tiempo después, según la moda
Batiendo palmas y cantando amores,
De ambos esposos la familia toda,
Unida como alegres ruseñores,
De la hija de Joaquín la humilde boda
Celebraba con votos y con flores,
Cuando estos regocijos concluyeron
José y MIRIAM á Nazareth partieron.

LVII.

María recordaba á cada paso
El precioso camino que años antes,
Bajo la ardiente luz de un cielo raso
Admiraban sus padres palpitantes:
Entonces, cuando el sol en el ocaso
Sus rayos sepultaba agonizantes,
Se apoyaba infantil y alborozada
En el regazo de su madre amada.

LVIII.

Dejóse ver al cabo la techumbre
De la casa paterna de María,
Envuelta con la roja y clara lumbre
Del sol abiasador del medio día;
Se encontraba á la falda de una cumbre,
Y se paró á mirar con alegría
La que guardaba ¡dichosa estancia;
De sus primeros pasos la fragancia.

LIX.

Sus ojos se extasiaron contemplando
Los bellos sitios que admiró de niña,
Las mariposas que iban aleteando
Por el soto, el collado y la campiña,
Al jugar con sus rizos soplo blando,
Que murmuraba en la frondosa viña
Saludó á Nazareth, precioso nido,
Jarrón de flores que agració el UNGIDO.

LX.

Su corazón llenóse de contento
Al divisar sus altos terebintos,
Donde silbaba el apacible viento
Perfumado por pálidos jacintos;
Al oír de las aves el concerto,
Que en trinos cadenciosos y distintos,
Alzaban entre bosques de arreyanes,
De granados y blancos tulipanes.

LXI.